

la resurrección en la soteriología (pp. 365-367), y R. Girard por la influencia que su antropología y, en concreto, su pensamiento en torno al sacrificio, ha tenido en la teología de la redención (pp. 381-388). El capítulo X, el más breve de todos, presenta a seis autores bajo el título «cristología filosófica» (pp. 401-414); y el capítulo XI trata un grupo más heterogéneo de obras: ensayos y disertaciones (pp. 415-443).

B. Sesboüé cierra el libro con una conclusión que es, más bien, una mirada hacia el futuro de la cristología (pp. 445-455); según él, «es posible que la unicidad de Cristo Salvador de la humanidad sea el gran debate teológico del siglo XXI» (p. 454).

Finalmente, el autor es quizá demasiado optimista al valorar los frutos de la reflexión cristológica de las últimas décadas, especialmente en el modo como valora la

renovación de la soteriología, o la interpretación contemporánea de la cuestión de la visión beatífica de Cristo, que –a juicio de B. Sesboüé– ha alcanzado en los autores de la segunda mitad del siglo XX una «interpretación creíble». Quizá, lo más acertado sea ver este libro como una magnífica presentación de la producción cristológica de este periodo considerada desde dentro, es decir, por los ojos de un autor que pertenece a esta misma época. Sin duda, es una obra que conservará durante años un gran valor testimonial para los estudiosos de la cristología. Sería bueno contar en España con obras de este tipo, que analizan una época, contribuyen a asentar el pensamiento y dan criterio para futuros trabajos de investigación.

Miguel BRUGAROLAS

---

**Marie-Joseph LE GUILLOU**, *El Rostro del Resucitado. Grandeza profética, espiritual y doctrinal, pastoral y misionera del Concilio Vaticano II*, Madrid: Encuentro, 2012, 421 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-9920-153-5.

El P. Marie-Joseph Le Guillou, O. P. (1020-1990) es un miembro relevante de la generación de dominicos franceses (Congar, Chenu, Dumont...) que preparó y acompañó las tareas del Concilio Vaticano II. Además de su tarea docente, se dedicó con intensidad al trabajo ecuménico en el Centro «Istina» de París, como ilustran sus numerosas colaboraciones en la revista del mismo nombre. Fue fundador y primer director del Instituto Superior de Estudios Ecuménicos del «Institut Catholique» de París. Fue miembro de la Comisión Teológica Internacional en sus primeros años de andadura, y Secretario especial de la Asamblea del Sínodo de los Obispos sobre el sacerdocio (1971). En la actualidad, la «Association Père Marie-Joseph Le Gui-

llou» se ocupa de cultivar su herencia teológica y espiritual.

Entre sus obras, la que ahora aparece en traducción española (e italiana, y en reedición francesa) pasó poco atendida en el momento de publicación en 1968. Uno de los motivos, y no el menor, es que la «síntesis global» del Concilio que ofrecía el P. Le Guillou no respondía a las expectativas de quienes, en el «primer posconcilio», se centraban en el solo cambio externo de la Iglesia, e incluso, en su afán reformador, dejaban atrás al Concilio: «¿No es verdad –se preguntaba el autor– que en numerosos medios católicos está bien visto dar a entender que el Concilio está superado?» (p. 38). La imagen del Concilio, eminentemente trinitaria y cris-

tológica, «profética, espiritual y doctrinal, pastoral y misionera», que ofrecía el P. Le Guillou en aquellos años convulsos, salía al paso precisamente de esa hermenéutica reductiva de la obra conciliar.

En su «invitación a la lectura» (pp. 9-25) Gabriel Richi, responsable de la edición, sitúa al lector en el contexto histórico de la obra, y su interés para el momento actual, especialmente a la luz de la hermenéutica conciliar de la «reforma en la continuidad» expuesta por el papa Benedicto XVI. En realidad, la obra del P. Le Guillou es un intento *in actu exercito* de tal hermenéutica.

Richi nos informa de «la hipótesis general de lectura que el P. Le Guillou propone: el Vaticano II es un concilio cuyo centro es el misterio de Jesucristo ofrecido a los hombres en el hoy de la historia» (p. 12). La clave sintética de acceso a los documentos conciliares es «la contemplación del Rostro de Cristo suscitada por el Espíritu». «¡Qué paradoja –reconoce Le Guillou– que un Concilio, cuyo objeto propio es la Iglesia, aparezca completa-

mente dominado por el misterio del Dios trinitario!» (p. 142). El P. Congar decía del libro que su colega «se mantiene en una actitud contemplativa y, en el sentido más agudo, teo-lógica» (p. 21). Y a quienes podrían considerar esta aproximación como un «intimismo espiritual» excesivo, respondía el P. Le Guillou que «esa manera de ver las cosas es el fruto de una disociación entre lo espiritual y las estructuras, de la que el Occidente adolece» (p. 23). El P. Congar no coincidía exactamente con su planteamiento, pero concedía que, además de la renovación de las estructuras, «un *aggiornamento* exterior sin renovación espiritual profunda sería, de igual modo, un error y traicionaría la intención más cierta de Juan XXIII» (p. 22). Por su parte, el P. de Lubac estimaba el libro del dominico, como «una obra sólida de consulta sobre el Concilio, y como un estimulante de la vida cristiana» (p. 25). Estamos, pues, ante un libro relevante, rescatado oportunamente de un olvido indebido.

José Ramón VILLAR